

»rintios, 12.) Santo Tomás no hizo más que seguir y comentar á san Pablo, cuando dice: «La doctrina sagrada (la teología) es necesaria, no á cada cristiano, sino á la Iglesia: *Sacra doctrina est necessaria non quidem singulis, sed Ecclesie*».

Lo mismo sucede con la sociedad civil. La sociedad civil tiene una necesidad absoluta de las cuatro dignidades propias de la humanidad; pero no necesita que cada uno de sus miembros sea revestido de ellas. Es necesario, de toda necesidad, que la sociedad tenga padres, magistrados y soldados, sacerdotes y doctores; pero no es necesario que cada ciudadano sea padre, magistrado, soldado, sacerdote, doctor; sólo las cualidades *específicas* ó las facultades de naturaleza son necesarias al *individuo*; las dignidades son necesarias sólo á la *sociedad*. Así como para ser cristiano basta ser un hombre bautizado, que crea, que espere, que *ame*, según las leyes del Cristianismo, pero no es necesario ser apóstol, ni profeta, ni doctor; así también para ser hombre social, ciudadano, basta ser un compuesto animado, que *comprenda*, que *raciocine* y que *quiera*, según las leyes de la humanidad y de la sociedad civil; pero no es necesario ser ni padre, rey, sacerdote, ni sabio. Y así como para ser buen cristiano no se necesita ser teólogo, así también para ser hombre de bien no se necesita ser filósofo.

Por consiguiente, la *felicidad* del hombre, en esta vida y en la otra, nada tiene que ver con la enseñanza y el estudio de la filosofía. La virtud del ciudadano y la perfección del cristiano son aun más extraños á ella. Bajo estos aspectos, no hay que esperar nada de verdadero, de real, ni de útil. Hay que *buscar* todo esto en otra parte, en el *conocimiento* y la práctica de la verdadera religión, donde Dios lo ha colocado; y no en la *ciencia*, donde no se encuentra. Lo sentimos por el P. Gaudin y por los que, sobre este punto, repiten su doctrina sin saber lo que se dicen; atribuir semejante misión á la filosofía, es no comprenderla, es engañarse de la manera más grosera y más lastimosa con respecto á su natura-

leza, su alcance y su uso; es falsearla, y falsear al propio tiempo el espíritu de aquellos á quienes se enseña; es colocar á éstos en una vía falsa, y hacerles traición como hombres, como ciudadanos y como cristianos; es, en una palabra, convertir la filosofía, á imitación de los racionalistas, en una religión, y desconocer y comprometer igualmente la religión y la filosofía.

Pero reservar á la filosofía la misión de *ciencia*, y la primera de todas las ciencias, cuya enseñanza y estudio, en manera alguna necesarios para cada individuo, serian indispensables para la sociedad, es asignar una misión real, necesaria, útil y honorífica á esta misma ciencia y á los que la profesan, como una función y una dignidad sociales.

Cierto es, como hemos visto, que, independientemente de toda enseñanza *científica*, toda verdad brilla á los ojos de todo hombre en toda sociedad humana, como toda verdad revelada brilla á los ojos de todo cristiano en la Iglesia. Es el sol de las inteligencias que, como el sol de los cuerpos, Dios hace que brille sobre los buenos y sobre los malos (*Matth.*, V); es la luz del Verbo que ilumina, *de diferentes maneras*, á todo hombre que viene al mundo (*Joan.*, I). Por consiguiente, como medio de conocimiento de las verdades naturales, la filosofía es tan poco necesaria á la sociedad como la teología lo es á la Iglesia, como medio de conocimiento de las verdades reveladas; pero no por eso es ménos cierto que, así como toda virtud se halla espuesta á los ataques del vicio, así también toda verdad se halla espuesta á los ataques del error; y que donde quiera que hay hombres, se encuentran falsos sabios (filósofos) que combaten las verdades naturales; así como donde hay cristianos, se encuentran falsos teólogos (herejes) que hacen la guerra á las verdades reveladas.

Ahora bien: ¿qué medio hay de defender, de afirmar y de propagar estas dos especies de verdades, sin conocerlas por sus principios, por sus causas, sin poseer su conocimiento científico ó su *ciencia*, que, cuando se refiere á las verdades generales del ór-

den natural se llama *filosofía*, y cuando trata de las verdades generales del órden sobrenatural se llama *teología*? La mision, pues, de la filosofía ó de la *ciencia* de las verdades naturales, que defiende, afirma y propaga estas verdades en la sociedad, es tan necesaria, real, sólida é importante, como la mision de la teología ó de la *ciencia* de las verdades sobrenaturales, que defiende y conserva puras y enteras estas verdades en la Iglesia.

Por otra parte, así como nada hay más honroso en la sociedad civil que la milicia que se dedica á la conservacion del órden contra los enemigos interiores, á la defensa del pais contra los enemigos exteriores, y al engrandecimiento del Estado; así tambien nada hay más honroso en el órden intelectual que el doctorado que se dedica á la defensa de las creencias de la humanidad y de la fe de la Iglesia, y á la propagacion y consolidamiento del reino de la verdad. El doctorado es tambien tanto más noble que la milicia, cuanto que ésta defiende la sociedad sólo contra los errores de la fuerza, al paso que aquel la defiende contra la fuerza mucho más temible de los errores; y por cuanto la una no combate más que por el bienestar, y la otra por los principios ó la existencia de la sociedad. Pues bien, la filosofía es la iniciacion en el doctorado y la base del doctorado. Nada, pues, más noble ni más honroso que la profesion del verdadero sabio, del verdadero filósofo.

Hé ahí las ideas que, desde el principio de la enseñanza filosófica, deben inocularse en las inteligencias jóvenes, sobre el objeto, fin y uso de la filosofía, si no se quiere engañarlas en vez de ilustrarlas, y venderlas en vez de instruir las.

En primer lugar, se les debe hacer comprender bien que, aunque la filosofía sea la *ciencia* de la razon, no se puede emprender su estudio sino por la fe. Pues segun lo hemos demostrado evidentemente, suponiendo todo raciocinio, de absoluta necesidad, principios conocidos, admitidos y creidos como ciertos, léjos de que se pueda creer sin raciocinar, al contrario, para raciocinar es preciso principiar por creer. Es necesario hacerles comprender

bien que, para todo cristiano que aborde la filosofía, no se trata de deber abjurar, ó suspender al ménos, todas las creencias que ha adquirido en la enseñanza social y en la enseñanza religiosa, salvo el volver á recobrarlas en seguida una á una SEGUN LA MEDIDA en que el raciocinio le hubiera demostrado su verdad. Pues colocarse en este estado de duda provisional, con respecto á toda verdad, es colocarse en la imposibilidad de conocer ninguna verdad; es arrancarse los ojos y apagar toda luz, para ver mejor; es romperse las piernas, para andar mejor; es volver la espalda á la verdad y huir de ella, para poder encontrarla y abrazarla más fácilmente. Es necesario, pues, abstenerse de autorizar á toda razon de quince años para subordinar su fe en las más importantes verdades, á la condicion de que se le hagan evidentes por el raciocinio, con el riesgo muy probable de que semejante razon no llegue á alcanzar, por efecto de su debilidad, semejante evidencia, y de permanecer en la duda, como relativamente á la existencia de Dios y á la inmortalidad del alma. Por lo demas, esto es lo que sucede todos los dias en las modernas escuelas de filosofía. En vez de confirmarse en ella, la juventud cristiana sale de dichas escuelas con fe vacilante en estas grandes verdades. Por este procedimiento se fabrican allí más ateos que teistas, más incrédulos que filósofos. De manera que nada hay al mismo tiempo más necio, más absurdo, más funesto, ni más impío que principiar por la negacion para llegar á la afirmacion, principiar por la duda para llegar á la certidumbre. Con razon, pues, establece san Agustin por cánon fundamental de toda ciencia, esta máxima: « Creer es » la condicion esencial para aprender; sólo á los doctos corresponde » pesar las razones de lo que se cree: *Discentem oportet credere, » doctum expendere.* » (*De utilitate credendi.*)

En segundo lugar, es preciso prevenir á los jóvenes alumnos que vengán á pedirlos que les hagais filósofos, que la filosofía no enseña ni *una sola* verdad natural, ignorada del hombre formado por la enseñanza social, así como tampoco la teología enseña ni *una*

*sola veritas* revelada, ignorada del cristiano formado por la enseñanza religiosa; que al fin de su carrera filosófica, el joven filósofo no conocerá mayor número de verdades naturales que el hombre del pueblo teniendo los conocimientos del hombre; que el joven teólogo, al fin de su carrera teológica, no conocerá mayor número de verdades reveladas, que el simple fiel que posea los conocimientos del cristiano; que la filosofía no enseña más á sus alumnos las verdades de la existencia de Dios, de la creación del mundo, de la inmortalidad del alma, de la realidad de los cuerpos, de las obligaciones de la moral, y de la eternidad de las recompensas reservadas á la virtud y de las penas que aguardan al vicio en la vida futura, que la teología á los suyos los misterios de la augusta Trinidad y de la Encarnación, el número y eficacia de los Sacramentos y las leyes del Evangelio; y que no sólo el *conocimiento*, sino el grado de fe del filósofo en las verdades naturales, no depende más de sus progresos en filosofía, que el grado de fe del teólogo en las verdades reveladas depende de sus progresos en teología; que la filosofía no da el *conocimiento* que todo hombre posee, sino solamente la *ciencia* que la mayoría de los hombres no posee, de las verdades naturales; como la teología no da el *conocimiento*, que todo cristiano posee, sino la *ciencia* que la mayoría de los cristianos no posee, de las verdades reveladas. Por último, que la filosofía no enseña más que el origen, las razones, las causas, las consecuencias, la necesidad, las ventajas y las relaciones de las verdades naturales conocidas por la humanidad entera, para que pueda explicarlas, demostrarlas, aplicarlas, desarrollarlas, defenderlas, afirmarlas y propagarlas, en provecho de la humanidad; como hace también la teología respecto de las verdades sobrenaturales, en beneficio de la Iglesia.

Finalmente, es necesario advertir bien á los jóvenes alumnos de filosofía que, en este estudio, tampoco encontrarán *por sí mismos* los orígenes, las razones, las causas, las demostraciones de las verdades naturales; esto es, que no van á *darse* la *ciencia* de

ella, así como no se han dado su *conocimiento*; sino que van á *recibir* la *ciencia* de ella por los profesores que les enseñen, por los libros que se les pongan en la mano, como ellos adquirieron su *conocimiento* por sus padres y por sus preceptores. De la misma manera, el joven teólogo no va á descubrir *por sí mismo* los orígenes, las razones, las causas, las relaciones, en una palabra, la *ciencia* de las verdades reveladas, así como tampoco se ha dado el conocimiento de ellas, sino á recibir la *ciencia* de las mismas por sus maestros, en la escuela, así como recibió su conocimiento aprendiendo el catecismo en el seno de la familia.

Por estas lecciones preliminares, dadas á los jóvenes estudiantes, relativamente á la naturaleza, fin y uso de la filosofía, en vez de transformarlos en orgullosos investigadores de verdades que poseen ya, se han hecho aprendices dóciles de conocimientos que no poseen. Se les coloca en la verdadera vía, en el camino real de toda ciencia, en el camino de la humildad y de la desconfianza propias. Al mismo tiempo se marca á sus trabajos un fin sólido, satisfactorio, sublime, y aun estoy por decir que divino. El estudio de las *razones* y de las *causas* que no se conocen, sabiendo las cosas que se conocen, *rerum cognoscere causas*, es un estudio tan serio y tan útil, como el *tratar de conocer* por el raciocinio particular las verdades que se conocen por la ley común de la humanidad, es un estudio vano, ilusorio, ridículo, contradictorio y funesto. Nada es más grato ni más satisfactorio que *comprender* íntimamente, en cuanto es posible, *intus legere*, aquello de que sólo se posee un simple conocimiento puramente exterior é histórico. Nada eleva, nada engrandece, nada perfecciona más la inteligencia que esta manera científica de conocer las cosas. Nada es más atractivo ni halagüeño que la perspectiva de poder un día, continuando semejantes estudios y penetrando más en la *ciencia* de las verdades conocidas, descubrir otras pruebas, otras aplicaciones, otras relaciones de estas mismas verdades; hallarse en estado de enseñarlas á su vez, de defenderlas, de propagarlas y

de afirmarlas en el espíritu de las masas, de ser su doctor, su apóstol, su evangelista, y elevarse de este modo sobre el vulgo, ocupar un puesto entre esos espíritus selectos que la Sabiduría encarnada llama la SAL DE LA TIERRA y la LUZ DEL MUNDO, y participar, en cierto modo, de la mision divina del Verbo de Dios hecho hombre, que es el rendir testimonio á la verdad: *Ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati. (Joan.)*

¡Oh! Si se inculcasen á la juventud estas ideas sobre la naturaleza, el fin y el uso de la filosofía, no habria menester más para inflamarse en un verdadero y santo ardor de saber, y para convertir esta ciencia de la demencia, de la incredulidad y del error, en ciencia de la sabiduría, de la fe y de la verdad.

FIN DE LOS PREÁMBULOS Y DEL TOMO PRIMERO.



